

damente por la calle del Rosario, torcía entre las sombras por la de Quintana y de una en otra llegaba á los porches de la plaza del Pan y dejaba la Encimada aventurándose por la Colonia, solitaria á tales horas? Pues era don Saturnino Bermúdez, doctor en teología,



en ambos derechos, civil y canónico, licenciado en filosofía y letras y bachiller en ciencias; el autor, ni más ni menos, de *Vetusta Romana*, *Vetusta Goda*, *Vetusta Feudal*, *Vetusta Cristiana* y *Vetusta Transformada*, á tomo por *Vetusta*. Era él, que salía disfrazado de capa y sombrero flexible. No había miedo que en tal guisa le reconociera nadie. ¿Y á dónde iba? Á luchar con la tentación al aire libre; á cansar la carne con paseos interminables; y un poco también á olfatear el vicio, el crimen pensaba él, crimen en que tenía seguridad

de no caer, no tanto por esfuerzos de la virtud como por invencible pujanza del miedo que no le dejaba nunca dar el último y decisivo paso en la carrera del abismo. Al borde llegaba todas las noches, y solía ser una puerta desvencijada, sucia y negra en las sombras de algún callejón inmundo. Alguna vez desde el fondo del susodicho abismo le llamaba la tentación; entonces retrocedía el sabio más pronto, ganaba el terreno perdido, volvía á las calles anchas y respiraba con delicia el aire puro; puro como su cuerpo; y para llegar antes

á las regiones del ideal que eran su propio ambiente, cantaba la *Casta diva* ó el *Spirto gentil* ó el *Santo Fuerte*, y pensaba en sus amores de niño ó en alguna heroína de sus novelas.

¡ Ah, cuánta felicidad había en estas victorias de la virtud! ¡ Qué clara y evidente se le presentaba entonces la idea de una Providencia! Algo así debía de ser el éxtasis de los místicos! Y don Saturno apretando el paso volvía á su casa ebrio de idealismo, mojado los embozos de la capa con las lágrimas que le hacía llorar aquel baño de idealidad, como él decía para sus adentros. Su enternecimiento era eminentemente piadoso, sobre todo en las noches de luna.

Encerrado en su casa, en su despacho, después de cenar, ó bien escribía versos á la luz del petróleo ó manejaba sus libretos; y por fin se acostaba, satisfecho de sí mismo, contento con la vida, feliz en este mundo calumniado donde, dígame lo que se quiera, aún hay hombres buenos, ánimos fuertes. Esta voluptuosidad ideal del bien obrar, mezclándose á la sensación agradable del calorillo del suave y blando lecho, convertía poco á poco á don Saturno en otro hombre; y entonces era el imaginar aventuras románticas, de amores en París, que era el país de sus ensueños, en cuanto hombre de mundo. Solía volver á sus novelas de la hora de dormirse la imagen de la Regenta, y entablaba con ella, ó con otras damas no menos guapas, diálogos muy sabrosos en que ponía el ingenio femenino en lucha con el serio y varonil ingenio suyo; y entre estos dimes y diretes en que todo era espiritualismo y, á lo sumo, vagas promesas de futuros favores, le iba entrando el sueño al arqueólogo, y la lógica se hacía disparatada, y hasta el sentido moral se pervertía y se desplomaba la fortaleza de aquel miedo que poco antes salvara al doctor en teología.

Á la mañana siguiente don Saturno despertaba mal

humorado, con dolor de estómago, llena el alma de un pesimismo desesperado y de flato el cuerpo.—¡Memento homo!—decía el infeliz, y se arrojaba del lecho con tedio, procurando una reacción en el espíritu mediante agudos y terribles remordimientos y propósitos de buen obrar, que facilitaba con chorros de agua en la nuca y lavándose con grandes esponjas. Tal vez era la limpieza, esa gran virtud que tanto recomienda Mahoma, la única que positivamente tenía el ilustre autor de *Vetusta Transformada*. Después de bien lavado iba á misa sin falta, á buscar el hombre nuevo que pide el Evangelio. Poco á poco el hombre nuevo venía; y por vanidad ó por fe creía en su regeneración todas las mañanas aquel devoto del Corazón de Jesús. Por eso el espíritu no envejecía: era el estómago, el pícaro estómago el que no hacía caso de la fervorosa contricción del pobre hombre. ¡Y que le dijeran á don Saturno que la materia no es vil y grosera!

Aquel día había recibido antes de comer un billete perfumado de su amiguita Obdulia Fandiño, viuda de Pomares. ¡Qué emoción! No quiso abrir el misterioso pliego hasta después de tomar la sopa. ¿Por qué no soñar? ¿Qué era aquello? O. F. decían dos letras enroscadas como culebras en el lema del sobre.—De parte de doña Obdulia, había dicho el criado. Aquella señora, todo *Vetusta* lo sabía, era una mujer despreocupada, tal vez demasiado; era una original... Entonces... acaso... ¿por qué no?... una cita... Ellos, al fin, se entendían algo, no tanto como algunos maliciaban, pero se entendían... Ella le miraba en la iglesia y suspiraba. Le había dicho una vez que sabía más que el Tostado, elogio que él supo apreciar en todo lo que valía, por haber leído al ilustre hijo de Ávila. En cierta ocasión ella había dejado caer el pañuelo, un pañuelo que olía como aquella carta, y él lo había re-

cogido, y al entregárselo se habían tocado los dedos y ella había dicho: «—Gracias, Saturno.» Saturno, sin don.

Una noche en la tertulia de Visitación Ollas de Cuervo, Obdulia le había tocado con una rodilla en una pierna. Él no había retirado la pierna ni ella la rodilla; él había tocado con el suyo el pié de la hermosa y ella no había retirado... Una cucharada de sopa se le atragantó. Bebió vino y abrió la carta. Decía así:

«Saturnillo: usted que es tan bueno ¿querrá hacerme el obsequio de venir á esta su casa á las tres de la tarde? Le espero con...» Hubo que dar vuelta á la hoja.

—Impaciencia—pensó el sabio. Pero decía. «... Le espero con unos amigos de Palomares que quieren visitar la catedral acompañados de una persona inteligente... etc., etc.» Don Saturno se puso colorado como si estuviera en ridículo delante de una asamblea.

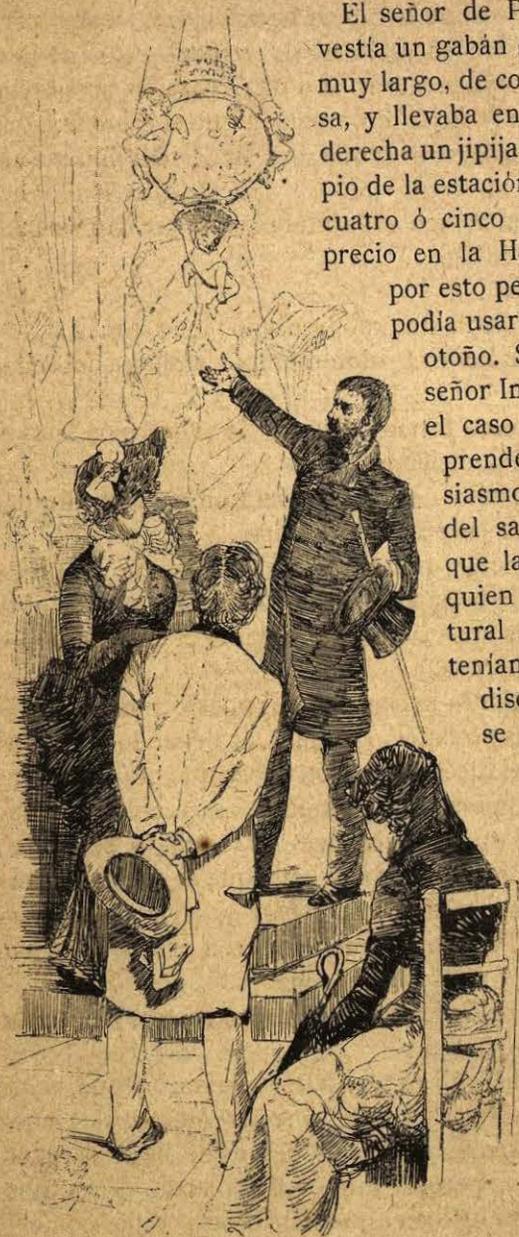
—No importa—se dijo—esta visita á la catedral es un pretexto.

Y añadió:

—¡Bien sabe Dios que siento la profanación á que se me invita!

Se vistió lo más correctamente que supo, y después de verse en el espejo como un Lovelace que estudia arqueología en sus ratos de ocio, se fué á casa de doña Obdulia.

Tal era el personaje que explicaba á dos señoras y á un caballero el mérito de un cuadro todo negro, en medio del cual se veía apenas una calavera de color de aceituna y el talón de un pié descarnado. Representaba la pintura á San Pablo primer ermitaño; el pintor era un vetustense del siglo diez y siete, sólo conocido de los especialistas en antigüedades de *Vetusta* y su provincia. Por eso el cuadro y el pintor eran tan notables para Bermúdez.



El señor de Palomares vestía un gabán de verano muy largo, de color de pasa, y llevaba en la mano derecha un jipijapa impropio de la estación, pero de cuatro ó cinco onzas—su precio en la Habana — y por esto pensaba que podía usarlo todo el otoño. Se creía el señor Infanzón en el caso de comprender el entusiasmo artístico del sabio mejor que las señoras, quien por su natural ignorancia tenían alguna disculpa si no se pasmaban ante un cuadro que no se veía. Buscó alguna frase oportuna y por de pronto halló esto:

—Oh! mucho! evidentemente! conforme!

Después inclinó la cabeza hacia el pecho, como para meditar, pero en realidad de verdad—estilo de Bermúdez—para descansar, con una reacción proporcionada, de la postura incómoda en que el sabio le había tenido un cuarto de hora. Por fin el del jipijapa exclamó:

—Me parece, señor Bermúdez, que ese famosísimo cuadro del ilustre...

—Cenceño.

—Pues; del ilustrísimo Cenceño; luciría más si...

—Si se pudiera ver—interrumpió la esposa del señor Infanzón.

Este fulminó terrible mirada de reprensión conyugal y rectificó diciendo:

—Luciría más... si no estuviera un poquito ahumado... Tal vez la cera... el incienso...

—No, señor; ¡qué ahumado!—respondió el sabio, sonriendo de oreja á oreja.—Eso que usted cree obra del humo es la patina; precisamente el encanto de los cuadros antiguos.

—¡La patina!—exclamó el del pueblo convencido.—Sí, es lo más probable. Y se juró, en llegando á Palomares, mirar el diccionario para saber qué era patina.

En aquel momento el Magistral se acercaba á saludar á don Saturno; reconoció á Obdulia y se inclinó sonriente; pero menos sonriente que al saludar á Bermúdez. Después dobló la cabeza y parte del cuerpo ante los de Palomares que le fueron presentados por el sabio.

—El señor don Fermín de Pas, magistral y provisor de la diócesis...

—¡Oh! oh! ya! ya!—exclamó Infanzón que hacía mucho admiraba de lejos al señor Magistral. La señora del lugareño manifestó deseos de besar la mano del Provisor, pero la mirada del marido la contuvo otra vez, y no hizo mas que doblar las rodillas como si

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33007

fuera á caerse. El Magistral hablaba en voz alta de modo que sus palabras resonaban en las bóvedas, y los demás con el ejemplo se animaron también á gritar. Pronto las carcajadas de Obdulia Fandiño, frescas, perladas, como las llamaba don Saturno, llenaron el ambiente, profanado ya con el olor mundano de que había infestado la sacristía desde el momento de entrar. Era el olor del billete, el olor del pañuelo, el olor de Obdulia con que el sabio soñaba algunas veces. Mezclado al de la cera y del incienso le sabía á gloria al anticuario, cuyo ideal era juntar así los olores místicos y los eróticos, mediante una armonía ó componenda, que creía él debía de ser en otro mundo mejor la recompensa de los que en la tierra habían sabido resistir toda clase de tentaciones.

Obdulia, que disimulaba mal su aburrimiento mientras se hablaba de cuadros, ojivas, arcos peraltados, dovelas y otras tonterías que no había entendido nunca, se animó con la presencia del Magistral de quien era hija de confesión, por mas que él había procurado varias veces entregarla á don Custodio, hambriento de esta clase de presas. Aquella mujer le crispaba los nervios á don Fermín; era un escándalo andando. No había mas que notar cómo iba vestida á la catedral. «Estas señoras desacreditan la religión.» Obdulia ostentaba una capota de terciopelo carmesí, debajo de la cual salían abundantes, como cascada de oro, rizos y más rizos de un rubio sucio, metálico, artificial. ¡Ocho días antes el magistral había visto aquella cabeza á través de las celosías del confesonario completamente negra. La falda del vestido no tenía nada de particular mientras la dama no se movía; era negra, de raso. Pero lo peor de todo era una coraza de seda escarlata que ponía el grito en el cielo. Aquella coraza estaba apretada contra algún armazón (no podía ser menos) que figuraba formas de una mujer

exageradamente dotada por la naturaleza de los atributos de su sexo. ¡Qué brazos! qué pecho! y todo parecía que iba á estallar! Todo esto encantaba á don Saturno mientras irritaba al Magistral, que no quería aquellos escándalos en la iglesia. Aquella señora entendía la devoción de un modo que podría pasar en otras partes, en un gran centro, en Madrid, en París, en Roma; pero en Vetusta no. Confesaba atrocidades en tono confidencial, como podía referirselas en su tocador á alguna amiga de su estofa. Citaba mucho á su amigo el Patriarca y al campechano obispo de Nauplia; proponía rifas católicas, *organizaba* bailes de caridad, novenas y jubileos á puerta cerrada, para las personas decentes... mil absurdos! El Magistral le iba á la mano siempre que podía, pero no podía siempre. Su autoridad que era absoluta casi, no conseguía sujetar aquel azogue que se le marchaba por las junturas de los dedos. La doña Obdulita le fatigaba, le mareaba. ¡Y ella que quería seducirle, hacerle suyo como al obispo de Nauplia, aquel prelado tan fino que no se separaba de ella cuando vivieron en el hotel de la Paix, en Madrid, tabique en medio! Las miradas más ardientes, más negras de aquellos ojos negros, grandes y abrasadores eran para De Pas; los adoradores de la viuda lo sabían y le envidiaban. Pero él maldecía de aquel bloqueo.

—«Necia, ¿si creerá que á mí se me conquista como á don Saturno?»

Á pesar de esta cordial antipatía, siempre estaba afable y cortés con la viuda, porque en este punto no distinguía entre amigos y enemigos. Era menester que una persona estuviese debajo de sus piés, aplastada, para que don Fermín no usase con ella de formas irreprochables. La urbanidad era un dogma para el Magistral lo mismo que para Bermúdez, pero sacaban de ella muy diferente partido.

Mientras se hablaba de lo mucho bueno que había en la catedral y el lugareño se pasmaba y su señora repetía aquellas admiraciones, Obdulia se miraba, como podía, en las altas cornucopias.

El Magistral se despidió. No podía acompañar á aquellas señoras; lo sentía mucho... pero le esperaba la obligación... el coro. Todos se inclinaron.

—Lo primero es lo primero—dijo el de Palomares, aludiendo á la Divinidad y haciendo una genuflexión (no se sabe si ante la Divinidad ó ante el Provisor).

—Afortunadamente, según don Fermin, nada les serviría su inutilidad, mientras que Bermúdez era una crónica viva de las antigüedades vetustenses.

Don Saturno estiró las cejas y dió señales de querer besar el suelo; después miró á Obdulia con mirada seria, penetrante, como con una sonda, como diciéndole:

—Ya lo oyes; soy yo, el primer anticuario de Vetusta, según la opinión del mejor teólogo, quien se declara esclavo tuyo. Todo esto quiso decir con los ojos; pero ella no debió de entenderlo porque se despidió del Magistral dejándole el alma, por conducto de las pupilas, entre los pliegues amplios y rítmicos del manteo. De éste se despojó don Fermin, después de acercarse á un armario y muy gravemente vistió el ajustado roquete, la señoril muceta y la capa de coro.

—¡Qué guapo está!—dijo desde lejos Obdulia, mientras los lugareños admiraban con la fe del carbonero otro cuadro que alababa don Saturnino.

Dieron vuelta á toda la sacristía. Cerca de la puerta había algunos cuadros nuevos que eran copias no mal entendidas de pintores célebres. Á la Infanzón debieron de agradarle más que las maravillas de Cenceño, sin duda porque se velan mejor. Pero su prudente esposo, considerando que Bermúdez pasaba con afectado desdén delante de aquellos vivos y flamantes

colores, dió un codazo á su mujer para que entendiera que por allí se pasaba sin hacer aspavientos. Entre aquellos cuadros había una copia bastante fiel y muy discretamente comprendida del célebre cuadro de Murillo *San Juan de Dios*, del Hospital de incurables de Sevilla. Á la señora de pueblo le llamó la atención la cabeza del santo, que desde que se ve una vez no se olvida.

—¡Oh, qué hermoso!—exclamó sin poder contenerse.

Miró don Saturno con sonrisa de lástima y dijo:

—Sí, es bonito; pero muy conocido.

Y volvió la espalda á San Juan que llevaba sobre sus hombros al pordiosero enfermo, entre las tinieblas.

El señor Infanzón dió un pellizco á su mujer; se puso muy colorado y en voz baja la reprendió de esta suerte:

—Siempre has de avergonzarme. ¿No ves que eso no tiene... patina?

Salieron de la sacristía.

—Por aquí—dijo Bermúdez, señalando á la derecha; y atravesaron el crucero no sin escándalo de algunas beatas que interrumpieron sus oraciones para descoser y recortar la coraza de fuego de Obdulia. La falda de raso, que no tenía nada de particular mientras no la movían, era lo más subversivo del traje en cuanto la viuda echaba á andar. Ajustábase de tal modo al cuerpo, que lo que era falda parecía apretado calzón ciñendo esculturales formas, que así mostradas, no convenían á la santidad del lugar.

—Señores, vamos á ver el Panteón de los Reyes—murmuró muy quedo el arqueólogo, que iba ya preparando sendos trocitos de su *Vetusta Goda* y de su *Vetusta Cristiana*. Y en honor de la verdad se ha de decir que un rey se le iba y otro se le venía; esto es, que

los mezclaba y confundía, siendo la falda de Obdulia la causa de tales confusiones, porque el sabio no podía menos de admirar aquella atrevidísima invención, nueva en Vetusta, mediante la que aparecían ante sus ojos graciosas y significativas curvas que él nunca viera más que en sueños. Con gran pesadumbre comprendía el devoto anticuario que el contraste del lugar sagrado con las insinuaciones tálares de la Fandiño, en vez de apagar sus fuegos interiores, era alimento de la combustión que deploraba, como si á una hoguera la echasen petróleo...

Entraron en la capilla del Panteón. Era ancha, oscura, fría, de tosca fábrica, pero de majestuosa é imponente sencillez. El taconeo irrespetuoso de las botas imperiales, color bronce, que enseñaba Obdulia debajo de la falda corta y ajustada; el estrépito de la seda frotando las enaguas; el crugir del almidón de aquellos bajos de nieve y espuma que tal se le antojaban á don Saturno, quien los había visto otras veces; hubieran sido parte á despertar de su sueño de siglos á los reyes allí sepultados, á ser cierto lo que el arqueólogo dijo respecto del descanso eterno de tan respetables señores:

—Aquí descansan desde la octava centuria los señores reyes don..., y pronunció los nombres de seis ó siete soberanos con variantes en las vocales, en sentir del lugareño, que siguiendo corrupciones vulgares, decía *ue* en vez de *oi* y otros adefesios.

Estaba el del pueblo profundamente maravillado de la sabiduría y elocuencia de don Saturnino.

Dentro de una cripta cavada en uno de los muros, había un sepulcro de piedra de gran tamaño cubierto de relieves é inscripciones ilegibles. Entre el sepulcro y el muro había estrecho pasadizo, de un pié de ancho y del otro lado, á la misma distancia, una verja de hierro. En la parte interior la oscuridad era absoluta.

Del lado de la verja quedaron los lugareños. Bermúdez, y en pos de él Obdulia, se perdieron de vista en el pasadizo sumido en tinieblas. Después de la enumeración de don Saturno, hubo un silencio solemne. El sabio había tosido, iba á hablar.

—Encienda usted un fósforo, señor Infanzón—dijo Obdulia.

—No tengo... aquí. Pero se puede pedir una vela.

—No señor, no hace falta. Yo sé las inscripciones de memoria... y además, no se pueden leer.

—¿Están en latín?—se atrevió á decir la Infanzón.

—No señora, están borradas.

No se hizo la luz.

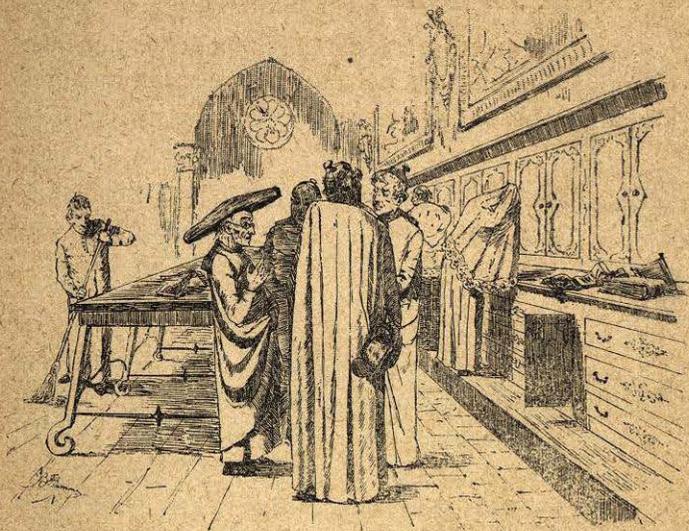
El arqueólogo habló cerca de un cuarto de hora. Recitó, fingiendo el pícaro que improvisaba, los capítulos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de una de sus *Vetustas* y ya iba á terminar con el epilogo que copiaremos á la letra, cuando Obdulia le interrumpió diciendo:

—¡Dios mío! ¿Habrán aquí ratones? Yo creo sentir...

Y dió un chillido y se agarró á don Saturno que, patrocinado por las tinieblas, se atrevió á coger con sus manos la que le oprimía el hombro; y después de tranquilizar á Obdulia con un apretón enérgico, concluyó de esta suerte:

—Tales fueron los preclaros varones que galardonaron con el alboroque de ricas preseas, envidiables privilegios y pías fundaciones á esta Santa Iglesia de Vetusta que les otorgó perenne mansión ultratelúrica para los mortales despojos; con la majestad de cuyo depósito creció tanto su fama, que presto se vió siendo emporio, y gozó hegemonía, digámoslo así, sobre las no menos santas iglesias de Tuy, Dumio, Braga, Iria, Coímbra, Viseo, Lamego, Celeres, Aguas Caldas *et sic de cæteris*.

—Amén!—exclamó la lugareña sin poder contenerse; mientras Obdulia felicitaba á Bermúdez con un apretón de manos, en la sombra.



## II

EL coro había terminado: los venerables canónigos dejaban cumplido por aquel día su deber de alabar al Señor entre bostezo y bostezo. Uno tras otro iban entrando en la sacristía con el aire aburrido de todo funcionario que desempeña cargos oficiales mecánicamente, siempre del mismo modo, sin creer en la utilidad del esfuerzo con que gana el pan de cada día. El ánimo de aquellos honrados sacerdotes estaba gastado por el roce continuo de los cánticos canónicos, como la mayor parte de los roquetes, mugetas y capas de que se despojaban para recobrar el manteo. Se notaba en el cabildo de Vetusta lo que es ordinario en muchas corporaciones: algunos señores